

## CAPITULO XVIII.

Donde Guarionex forja sin saberlo sus propias cadenas.



GUARIONEX, al lado del almirante, estaba verdaderamente entusiasmado con todo lo que veía.

Miéntras duró el banquete ejecutó algunas marchas la música militar, y empezaba ya á anochechar cuando se levantaron de la mesa.

La campana de la iglesia tocó las oraciones.

Asomados al balcón de palacio los huéspedes de Colon, vieron con sorpresa que todos los habitantes de la colonia, descubriéndose la cabeza, se dirigian al templo como llamados por la campana.

—¿Dónde van tus soldados? preguntó Guarionex á Colon.

—Van al templo á rezar. La campana les recuerda que deben dar gracias á Dios.

Guarionex creyó entónces que la campana hablaba, y la admiracion que su sonido habia producido en él se convirtió en veneracion hácia aquel objeto.

Tambien quiso ir al templo, y con toda su comitiva, acompañado de Cristóbal, su hermano y los jefes de la colonia, se dirigieron á la iglesia.

Como los españoles, se postró, y á cada instante prorumpia en estas exclamaciones:

—¡Turcy! ¡Turcy!

Con lo que daba á entender que todo aquello le parecia procedente del cielo.

Hospedados aquella noche el cacique y los suyos en el palacio del almirante, se entregaron tranquilamente al reposo.

Al dia siguiente los llevó á ver los buques, les hizo navegar en una de las carabelas, y mandó disparar las lombardas, llenádoles de pavor.

Habian oido hablar de todo aquello, pero la realidad era muy superior á la idea que la imaginacion les habia ofrecido.

El almirante, despues de visitar las casas de los colonos, les enseñó las plantas y las semillas que habian sembrado, las aves y los demas animales que habian llevado á la colonia, que tenian para ellos el mismo atractivo que los del país para los españoles.

Guarionex habia pensado, durante el camino que conducia desde la Vega Real hasta la Isabela, valerse de las seducciones de su hija para que, dominando ésta á Diego el lucayo, lo separase de Colon.

Alfaiila habia hecho todo lo posible para inspirar una passion á Diego.

Era una india bellísima.

Pero el intérprete habia visto á las españolas.

Cuantos esfuerzos hizo la jóven para enamorarle se estrellaron en su fria indiferencia.

Herida en su amor propio, no tardó en convertirse en verdadera passion lo que habia sido cálculo.

Eran tales las demostraciones que hacia para manifestar su amor á Diego, que hasta el mismo Colon comprendió los deseos que abrigaba, y viendo una ocasion favorable de estrechar más y más los vínculos que empezaban á unirle con Guarionex, llamó á Diego.

—Me has dado muchas pruebas de fidelidad, le dijo, y voy á exigirte otra.

—Disponed de mí como gustéis, señor.

—Deseo á toda costa conservar la amistad de Guarionex. Contando con él y con Guacanajari, poco puede importarnos la hostilidad de Caonabo y de los otros caciques.

—Ya veis, señores, que está dispuesto á ser amigo nuestro.

—No es bastante. . . . ¿Has visto á su hija?

—Sí.

—El la ama con delirio.

—Es quien más influencia tiene sobre su corazón.

—Pues bien; voy á pedirle que te la dé por esposa.

Diego miró con asombro á Colon.

—¿Te desagrada este deseo?

—Soy vuestro esclavo.

—Mi objeto, al llevar á cabo esta union, es estrechar con él un lazo eterno.

—Hágase vuestra voluntad, exclamó Diego, no pudiendo ocultar la emocion dolorosa que experimentaba.

Aquel mismo dia pidió Colon á Guarionex la mano de su hija para el lucayo.

Guarionex, que habia cambiado por completo de opinion, que creia sinceramente en la amistad del almirante, que veia las ventajas que le reportaria esta amistad, accedió á los deseos del almirante sin cálculo ya, ó mejor dicho, sin otro estímulo que el de afianzar su amistad con él, porque sabia que amaba como á un padre al jóven indio.

Al dia siguiente dispuso Colon que todos los soldados maniobrasen delante de Guarionex y disparasen en un momento dado sus arcabuces.

Asomado con su comitiva á los balcones del palacio, vió con asombro aquellos bizaros soldados, y no pudo ménos de estremecerse al oír la detonacion que produjeron los arcabuces.

—Ha llegado el momento de que partais, dijo Colon; pero ántes hemos de hacer un pacto.

—Soy vuestro amigo, dijo Guarionex.

—Por la misma razon es necesario que me prometais, para sostener la disciplina, que castigue al cacique Guatiguana, que no ha luchado con los españoles brazo á brazo y en campo abierto, sino que ha recurrido á la traicion para exterminarlos. A estas horas debe un destacamento que he enviado en su persecucion haberle preso, y cuando caiga en su poder lo traerán á mi presencia para que le imponga el castigo.

—Sé que es culpable, castígale.

—Al mismo tiempo voy á enviar un destacamento al fuerte de la Magdalena, y quiero, para tu seguridad y la mia, establecer una fortaleza en medio de la Vega.

Guarionex no se atrevió á negarse á este deseo.

—Al mismo tiempo tú verás en mi nombre á los demas caciques, les manifestarás que estoy dispuesto á hacer las paces con ellos como las he hecho contigo; pero si no aceptan mis proposiciones, y son hostiles á mis proyectos, no tendré más remedio que luchar con ellos. Todos tus vasallos serán respetados; pero ¡ay de los rebeldes!

Guarionex partió muy satisfecho de la amistad del almirante, y la union del lucayo y de su hija quedó aplazada para celebrar la terminacion de la fortaleza que debia edificarse en medio de la Vega.

¡Infeliz Guarionex!

Llevaba al cuello el dogal del esclavo, y le parecia que era la alegría lo que llevaba en su corazón.

El triunfo que acababa de obtener Colon habia reanimado por completo sus fuerzas.

Contaba con la amistad de los dos soberanas cuyos dominios estaban más próximos á la colonia.

Defendido ó atacado por ellos, podria penetrar hasta las entrañas del Cibao, si como Guacanajari ó Guarionex, no

aceptaban sus ofrecimientos amistosos, y se oponían con él en abierta hostilidad.

Al llegar Guarionex à la Vega, supo con pena que Guatiguana, rodeando à los españoles, había disparado contra ellos sus flechas.

Se trabó la batalla entre los indios y los soldados de Luis de Vives, y en aquella contienda pereció Guatiguana, y quedaron con él en el campo gran número de los guerreros que le acompañaban.

Luis de Vives volvió con la cabeza del cacique para presentarla à Colon.

Apénas supo el almirante lo que había pasado, envió un emisario à Guarionex manifestándole lo que había sucedido, y prometiéndole que mientras no rompieran las hostilidades los indios, aquella sería la última sangre que se derramaria en su territorio.

Guarionex no tardó en volver al Cibao para confiar à los caciques el resultado de su entrevista con Colon.

Les ponderó el gran número de soldados que tenían y el poder de sus armas; les refirió detalladamente todo lo que había visto en poder suyo, y declaró que, en su concepto, más que luchar con él, les valía aceptar su protección y su amistad, porque lo único que deseaban era oro, y estaban resueltos à darles en cambio de aquel metal, que tan poca importancia tenía para ellos, otros objetos de más valor y de que carecían en su territorio.

Pero tanto él como los demás que le habían acompañado, ponderaron el asombro que había producido en ellos la campana, aquel objeto que se movía sin que nadie le agitara, que producía sonidos, ó mejor dicho, que hablaba un lenguaje solo comprensible para los europeos.

Como los llamaba al templo à orar, no dudaba un solo instante de que aquella campana tenía algo de celeste.

Comunicó su admiración à los demás caciques; pero no así los sentimientos pacíficos que Colon había despertado en su alma.

Caonabo no quería à ningún precio la paz.

Los españoles habían cometido toda clase de tropelías; merecían ser castigados, y estaba resuelto à castigarlos.

Los ruegos de Guarionex, sus observaciones, todo fué inútil.

Caonabo, Gayacoa y Boechio anunciaron que estaban resueltos à considerar siempre à los españoles como enemigos.

—Si poseen objetos preciosos, dijo Caonabo, tanto mejor. Exterminándolos seremos nosotros dueños de ellos. Si las casas que han fabricado son magníficas, en ellas estableceremos nuestra morada, y fabricaremos otras parecidas en nuestro territorio. Si es fácil que con el tiempo se propague esa raza de caballos que tanto nos asombran, nuestros serán; como ellos los dominaremos, y entónces no tendremos que temer. Sus armas caerán en nuestras manos, y no serán ellos solos dueños del rayo; también lo seremos nosotros. Así, pues, guerra, guerra à los extranjeros.

Guarionex había ofrecido su amistad à Colon.

Pero ántes había jurado coligarse con los demás caciques.

—Sea lo que quereis, exclamó.

Y cayendo en una profunda melancolía, se dispuso, sin embargo, à ayudar à los indios en su obra de destrucción.